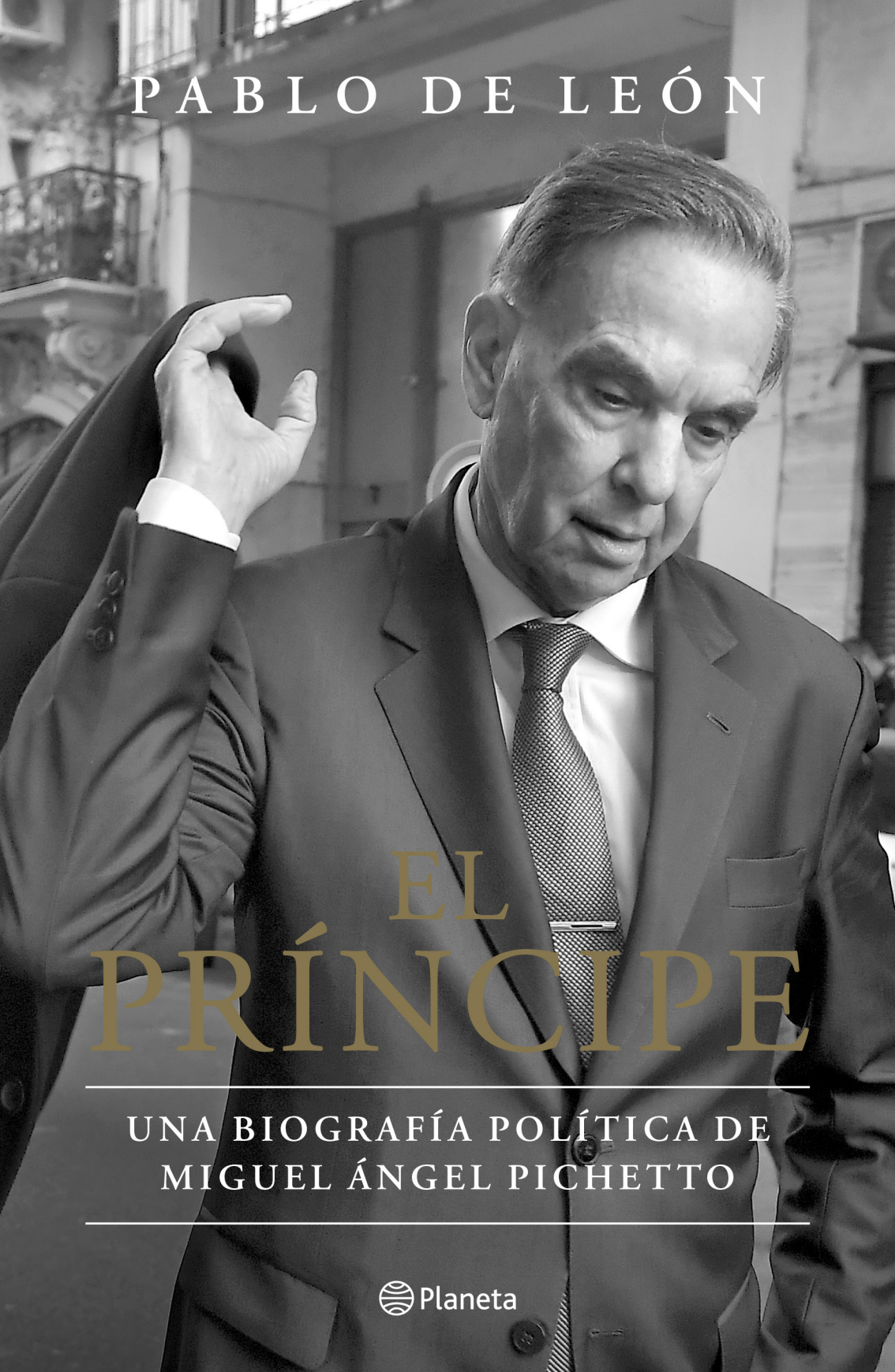


A black and white photograph of Pablo de León, an older man with short, dark hair, wearing a dark suit, white shirt, and patterned tie. He is looking down and slightly to his left, with his right hand raised near his shoulder. The background shows a blurred urban setting with buildings and a balcony.

PABLO DE LEÓN

EL
PRÍNCIPE

UNA BIOGRAFÍA POLÍTICA DE
MIGUEL ÁNGEL PICHETTO

PABLO DE LEÓN

EL PRÍNCIPE

Una biografía política de
Miguel Ángel Pichetto

 Planeta

Introducción al personaje

El Príncipe, de Nicolás Maquiavelo, es una obra donde este pensador y filósofo del Renacimiento aconseja a Lorenzo de Médici, conocido como «el Magnífico», sobre cómo actuar y qué métodos le convenía utilizar para unificar a Italia bajo su dominio.

Escrito en 1513 durante el confinamiento del escritor en la prisión de San Casciano, acusado de conspirar contra los Médici, Maquiavelo creó un verdadero manual de gobierno para cualquier líder que pretendiera defender su poder a toda costa.

Calificado hasta de perverso, *El Príncipe* moldeó con sus consejos a reyes, príncipes y luego a jefes de Gobierno y presidentes que actuaron de acuerdo a los mandamientos maquiavélicos, en los que la práctica de la política solo apunta a conservar el poder con éxito.

No daba lugar a tibiezas de carácter. Al aconsejar sobre lo que define como «una controversia» acerca de si es mejor ser amado que temido o viceversa, dice que correspondería intentar tanto lo uno como lo otro. Pero como resulta difícil combinar ambas cosas, «es mucho más seguro ser temido que amado».

Y agregaba: «Cuando el príncipe está al frente de sus ejércitos y tiene que gobernar a miles de soldados, es absolutamente necesario que no se preocupe si merece fama de cruel, porque sin esta fama, jamás podrá tenerse ejército alguno unido y dispuesto a la lucha».

Sus lecciones perduraron desde los gobernantes del Renacimiento hasta estos tiempos, y ese perfil de «Príncipe» de la política dio lugar a caracterizaciones que, quizás, alcanzaron un hito en la serie estadounidense *House of Cards* donde el actor Kevin Spacey caracteriza a Frank Underwood, un inescrupuloso político que no dejó de realizar cualquier acto, hasta el de matar a una periodista de la que era amante, para llegar al sillón principal de la Casa Blanca. También en la saga de *Game of Thrones*, conocida como Juego de tronos o «GOT», drama medieval producido por la cadena HBO, cuyo argumento se inspiró en las novelas *Canción de hielo y fuego*, del estadounidense George R. R. Martin, en las que se describe una lucha por controlar y gobernar los siete reinos del territorio continental del Poniente.

Los actos de rigor pregonados por Maquiavelo fueron aplicados en distintas geografías por dirigentes que

actuaron de manera despiadada para satisfacer su ambición de poder. Y en cuanto a la política argentina, tal vez puedan asociarse a un personaje o «jugador» que se ha transformado en los últimos treinta años en el ejemplar más característico de la corporación política nacional: el peronista Miguel Ángel Pichetto, quien fuera amo y señor del Senado de la Nación, la más señorial cámara del Congreso argentino.

A este duro operador y armador político también se lo puede comparar con personajes del pensamiento francés como Joseph Fouché, un político de quien el propio Pichetto ha considerado que «su vida y su obra tienen que ver con haber respondido a cinco gobiernos de características distintas pensando siempre en el interés de Francia». También con Charles Maurice de Talleyrand, un príncipe que de cura pasó a ser parte de la Revolución, canciller de Napoleón y luego restaurador de la Monarquía.

Tanto Fouché como Talleyrand fueron personajes que se caracterizaron por sobrevivir a las distintas corrientes históricas, sin ser protagonistas principales, pero moviendo los hilos de la política desde atrás del telón.

En esa tradición aparece la figura de Miguel Ángel Pichetto como el «Príncipe argentino», quien al aliarse con Horacio Rodríguez Larreta, en la campaña electoral de 2023, dijo: «Yo estuve con todos, pero fundamentalmente estuve con la Argentina».

Pero quien desató la mayor pasión de este legislador todoterreno fue Napoleón Bonaparte, el gran triunfador en Austerlitz que terminó cayendo en Waterloo. Pichetto es un estudioso fanático de la Revolución Francesa y, especialmente, de la figura de Napoleón, de quien encuentra frases para cada tema sobre el que quiere argumentar u opinar. Sea tanto para una nimiedad, como criticar a los abogados por la litigiosidad laboral («Napoleón dijo: “Pobre mi Código de Comercio, lo agarraron los abogados”»), como para explicar la decisión política más drástica de su vida, que fue dejar el peronismo para ser el candidato a vicepresidente de Mauricio Macri en las elecciones de 2019: «En política la duda es muy compleja. Napoleón siempre decía que lo difícil era decidirse y yo estaba decidido».

Con el auxilio de Napoleón, también descifró la sorpresa política que significó la postulación de Alberto Ángel Fernández como presidente en 2019: «Napoleón decía que más allá de su formación militar, los generales debían tener suerte. Alberto ha tenido fortuna, ha estado en el momento oportuno y, por eso, la expresidenta lo ha elegido».

Pichetto siempre recurre a frases textuales —o con retoques o agregados propios que se adecuan mejor a la ocasión— que incorpora luego de horas y horas de obsesiva y apasionada lectura. Tiene debilidad por muchas figuras del pasado, lo que lo llevó al atesoramiento de libros como *Carlomagno*, de Jacques Delperrié de Bayac, o

Wellington, de Richard Holmes. Y como también le interesan los fenómenos que ocurren en un mundo imprevisible, tiene entre sus favoritos *El cisne negro*, de Nassim Nicholas Taleb, esa puerta que se abre hacia el impacto histórico que produce lo «altamente improbable».

Pero nada parece interesarle más como lector que su vasta bibliografía sobre la Revolución Francesa. En su biblioteca personal, diferenciada de su biblioteca jurídica, que la atesora en su estudio de abogado, están inventariados los libros que lo apasionan de ese instante de la historia: el *Napoléon*, de Stendhal; el *Napoleón*, de Emil Edwin; el *Napoléon Bonaparte*, de André Castelot; *Austerlitz* de Pierre Miquel, donde se describe la batalla de los tres emperadores, y *Waterloo*, de Peter Hofschroer. Para Pichetto, este ciclo de Austerlitz a Waterloo en la carrera de Napoleón expresa con certeza la parábola que va del poder y la gloria a la declinación.

La admiración por Napoleón lo llevó a Pichetto a definirlo como «una figura fascinante. Primero, porque era un gran político y administrador, y, además, porque estaba rodeado de políticos tremendos como Talleyrand o Fouché». Esa admiración lo llevó a cometer a veces actos de la vida cotidiana inspirados en Napoleón. Por ejemplo, cuando para poner fin a un almuerzo de trabajo intimaba a sus colaboradores más cercanos con ciertas conductas del emperador: «Napoleón comía en siete minutos». Eso es lo que cuentan las biografías, en las que se lo describe comiendo casi por obligación,

rápidamente y en silencio, lo que ha influido para que Pichetto se incline por las comidas sobrias y las porciones cautas.

Pero más allá de su formación de político bibliómano, también existe una historia de la vida política material, en la que Pichetto irrumpe primero como diputado nacional, y luego como senador nacional. En esta última categoría fue donde consiguió constituirse en «el jefe del Congreso», un estatus que logró mantener durante veinte años consecutivos y siempre con protagonismo. Cada vez que el Presupuesto Nacional o una ley clave pretendía ser aprobada por el Gobierno de turno, nadie dejaba de consultarlo y era él quien fijaba la estrategia legislativa, sea que estuviese reportando en las filas del oficialismo o en las de la oposición.

Discutía con quien hubiera que discutir y hasta llegó a cortarle el teléfono a la mismísima Cristina Fernández de Kirchner. Era, en la práctica, un peronista ortodoxo y verticalista en la conducción, que, cuando decidía qué hacer, tomaba impulso, se ponía en acción y solo esperaba respeto y obediencia en la acción política.

Uno de sus comentarios predilectos consiste en recordar que al presidente de bloque parlamentario de Inglaterra le dicen «whip», que en la traducción significa «látigo», dado que es el que impone la disciplina dentro del espacio. Lo mismo que siempre hizo él. Eso, y disputar tenazmente con sus rivales políticos, como en los tiempos del Senado, donde vivió intensas peleas

con los radicales Ernesto Sanz y Gerardo Morales, dos caciques de la UCR que gozaron de un poder territorial clave entre los años 1990 y 2000.

Pero sucedidos esos cruces, las conversaciones eran habituales, pues todos ellos postulaban la concordia política dentro de un marco de códigos que nadie se atrevía a romper o desafiar. Lo que generó una amistad entre estos difíciles rivales, inspirada en el abrazo Perón-Balbín de 1973, cuando los dos líderes políticos se acercaron en el ocaso de sus vidas políticas. Como ellos, Pichetto por el peronismo y Sanz y Morales por el radicalismo, acordaban las reglas de juego y hasta los términos de la pelea. Como en el boxeo, se pega por encima del cinturón.

En ese código de cortesía no se permite la falta de respeto en el debate, ni los aplausos ni las rondas de mates de las sesiones. Tampoco la indisciplina partidaria. Pichetto estuvo al frente del bloque de senadores peronistas defendiendo lo que él muchas veces creía indefendible: el Memorándum de entendimiento con Irán; la expropiación de la imprenta de billetes Ciccone, que terminó con una condena a prisión del vicepresidente de Cristina, Amado Boudou; la Ley de Medios, y la Resolución 125, que generó una pelea histórica del peronismo con los productores agropecuarios, el llamado «Campo».

Las defendió a todas, aun «estando siempre en contra, pero dando las discusiones políticas adentro y

haciendo lo que tenía que hacer afuera», como lo explicó, elogiosamente, un colaborador suyo de años.

Pichetto es un prototípico peronista histórico que hizo del Congreso su casa. Allí trabajó —y trabaja— desde las diez de la mañana a las diez de la noche, y allí también sufrió al ver frustrado varias veces su sueño de ser gobernador de la provincia de Río Negro, donde apenas alcanzó a ser intendente de Sierra Grande y legislador provincial, para luego lanzarse a la escena nacional, hasta llegar a la Cámara de Diputados de la Nación donde fue vicepresidente del bloque menemista que presidió Humberto Roggero.

Pero el «Príncipe» argentino no se detuvo, tomó envión tras la crisis de 2001 y alcanzó un protagonismo extraordinario durante las tres presidencias del kirchnerismo entre 2003 y 2015, años en los que cultivó amigos y cosechó enemigos.

Entre 2007 y 2015, Pichetto hablaba directamente con la presidenta Cristina Fernández de Kirchner para diseñar la estrategia parlamentaria. Pero el resto del kirchnerismo le mostraba los dientes, o un permanente dejo de desconfianza, cuando a poco de esas charlas, el fiel colaborador cristinista Carlos Zannini le colaba leyes por la Mesa de Entradas del Congreso, desafiando lo que él había acordado con la jefa de Estado. «¡No soy empleado de nadie! ¡Yo represento a los rionegrinos, no me tomen de boludo!», gritaba Pichetto, tratando de poner las cosas en su lugar dentro del Congreso.

Tratando de hacer valer la seriedad de ser legislador, era capaz de responderle con aspereza tanto a la presidenta como a los legisladores nacionales que lo abordaban con asuntos nimios. Y al que le propusiera que una fiesta de un pueblo tuviese alcance nacional, le contestaba: «Che, ¿vos sos concejal o senador? Vos sos se-na-dor. Acá se vota lo que manda el Gobierno, esas cosas como la Fiesta del Balero o qué sé yo qué, están en el Concejo Deliberante de tu pueblo. Acá, no».

Así mandaba, bajo la premisa maquiavélica de que es preferible ser temido que amado. Porque aun con sus compañeros de bloque con los que era solidario podía llevar las tensiones al límite.

Pichetto reivindica con claridad su condición de «animal político»; como legislador perenne, es también un hombre visceral que bregó siempre por el diálogo entre los sectores. Por eso la llegada abrupta de Javier Gerardo Milei y su pelea abierta contra la denominada «casta» lo ha incomodado.

Entretanto, asegura «no temerle a la muerte sino al papelón. Y, mucho más, al ridículo». Una confesión que es una forma de ser y una bienvenida al personaje más «principesco» de la política argentina.